

LO FEMENINO

UNA REVOLUCIÓN SIN FIN



GÉRARD POMMIER

PAIDÓS

Índice de contenido

Portadilla

Parte I. Todo empezó como una pesadilla

1. El amor por lo femenino se mantuvo en un plano muy literario...

Hermoso origen, místico y erótico...

Pero el ideal fue el de la mujer ausente, o muerta

Y sin embargo, los éxtasis femeninos...

Hija de un padre espiritualizado ¿la mujer existe?

Las mujeres también tuvieron la misma relación con lo femenino

El giro teatral contemporáneo

¿Existe una escritura «femenina»? Una pregunta a propósito de la literatura contemporánea

¿Qué significa este tan largo exilio de lo femenino?

2. El tabú de lo femenino: primero reprimido por cada uno(a) y luego reprimido por la sociedad

El tratamiento de la feminidad en cada familia es poco visible, mientras que sus consecuencias en la sociedad son tan visibles que deslumbran

La mujer o Dios. ¿Cuál de ellos no existe?

Cada uno reprime en soledad desde adentro, la sociedad reprime desde afuera

«Père-version»: crucifixión fetichista de lo femenino

El lugar de lo femenino varía según las culturas

Cómo romper el ciclo represivo

3. Cómo los «hombres» le pusieron a lo «femenino» la tapa de la enfermedad

La histeria «masculina» se define por oposición a la histeria «femenina»

¿Por qué denominar «ataque histérico» a lo que es el perpetuo motor de la Historia?

El nuevo equilibrio contemporáneo entre la histeria masculina y la femenina

La histeria masculina se desplegó en un terreno diferente respecto de la histeria femenina

4. ¿No fueron los celos la clave de bóveda de la opresión?

Los celos del padre primitivo (el *Urvater*)

Los celos y los grados de su calvario

Los celos «mayores» de la mujer

¿Quién será, entonces, el más celoso de los dos?

5. Del odio amoroso de lo femenino a su prostitución

Los grados de la misoginia

La sociedad de los amigos

La prostitución, avatar específico del Mal del Deseo

El mal del deseo se revirtió en deseo del mal

Pentea, Pentesilea: el reverso mortal del deseo, mensajero de Eros

Parte II. El sentido revolucionario de una liberación

1. Una enseñanza de la Revolución francesa

Autonomía de las mujeres en la Revolución

Una multitud revolucionaria «femenina»

Freud —él también— olvidó a la multitud revolucionaria «femenina»

Lo femenino encarna «el malestar en la cultura»

2. ¿Cuál es la enfermedad mortal que afecta al patriarcado?

Para una genealogía psicoanalítica del poder
¿Es la «caída del Padre» el motor de la historia?
¡*Apocalipsis Now!* El patriarcado va perdiendo velocidad...

La mascarada masculina se cruza con la mascarada femenina: ¿la naturaleza del poder no va a sufrir un cambio?

3. La chispa revolucionaria «femenina»

Un detonador armado desde el comienzo

Una rebelión en bajo continuo

Del perjuicio a la rebelión: compromiso masculino, radicalidad femenina

Desde la familiar extrañeza de lo femenino a la del «feminismo»

Revolucionarias a pesar suyo

Escollos de la última versión de *Lo femenino, una revolución sin fin*

Lo femenino, una revolución sin fin

Gérard Pommier

*Lo femenino, una revolución sin
fin*

Traducido por Sara Vassallo

Pommier, Gérard

Lo femenino, una revolución sin fin / Gérard Pommier. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Sara Vassallo.

ISBN 978-950-12-9762-1

1. Feminismo. I. Vassallo, Sara, trad. II. Título.

CDD 305.42

Título original: *Féminin, révolution sans fin*

Publicado en francés por Éditions Pauvert

Traducción: Sara Vassallo

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© Pauvert, département de la Librairie Arthème Fayard, 2016

© 2018, de todas las ediciones:

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello PAIDÓS®

Independencia 1682/1686,

Buenos Aires – Argentina

E-mail: difusion@areapaidos.com.ar

www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-9762-1

PARTE I. TODO EMPEZÓ CO- MO UNA PESADILLA

¿Las mujeres tienen un alma? Aristóteles lo dudaba. Platón las juzgaba demasiado viles «para ser las compañeras en el amor». Hubo que esperar al año 1374 para que Boccaccio escribiera, en *De claris mulieribus*, un bello repertorio de mujeres ilustres. Pero —¡ay!— la mayoría entre ellas eran heroínas mitológicas. En cuanto a las que realmente existieron, salvo muy pocas excepciones, su descripción de aventureras devoradas por un desmesurado prurito lascivo (*libidinosa prurigo*) y una complacencia sin límites en la intriga, el lujo y la apariencia era tan caricaturesca que el lector cierra el libro convencido de la superioridad masculina. ¡Y cuán extraño es el destino del primer libro verdaderamente feminista, el de Cristina de Pizán en 1405, *La Ciudad de las damas*, que desmonta las posiciones misóginas de libros anteriores como los de Aristóteles, Virgilio, Ovidio, Cicerón... el *Roman de la Rose*, Boccaccio... para proponer al final una Ciudad Ideal! Extraño destino, ya que en las últimas ediciones de este libro, considerado sin duda demasiado letrado para ser escrito por una mujer, se reemplazó el nombre de la autora por el de un hombre. En cuanto al debate que pasó a la posteridad con el nombre de «Querelle des femmes» [Querrela de las mujeres] en el siglo XVI, aunque favoreció a éstas por el tumulto que produjo en muchas cortes y círculos letrados de Europa, concluía afirmando la superioridad del hombre. (1)

Habiendo cerrado ensayos literarios, crónicas o tratados eruditos, el lector que haya concluido su lectura habrá retenido en su memoria una multitud de héroes, pero muy pocas heroínas. Recordará apenas la barbita de Hatchepsout en su templo funerario, faraón(a) del Alto Egipto. Habrá conservado también la imagen de Cleopatra, que no reinó al modo de los hombres: con su serpiente, era ya una ver-

dadera mujer, como Marilyn. No habrá olvidado tampoco la epopeya de Juana de Arco, su virginidad, su espada, la hoguera que terminó con ella, su aureola. En China, varias guerreras se ilustraron también al modo de Juana de Arco, aunque sus hechos de armas se hayan sustraído a la memoria occidental. De un modo similar, la gran Catalina de Rusia impresionó a historiadores y cronistas por su crueldad, que había hecho arrodillarse a los señores feudales de su Imperio. Podría enumerar muchas más, sin olvidar a las heteras de alto vuelo cuya seducción influenció a un Nerón, así como otras grandes capitanas que no le fueron en zaga a Alejandro. Muchas otras desempeñaron un rol decisivo pero secreto.

La Historia escrita en masculino escamoteó a las mujeres. La posteridad retuvo solamente unas pocas, que pusieron en movimiento muchedumbres masculinas. Cuando gobernaron, lo hicieron como hombres, apoyándose en algunos, por la fuerza o recurriendo a la astucia. Ninguna mujer reinó nunca sobre los hombres o contra ellos. Es cierto que Aristófanes puso en escena una asamblea de ciudadanas decididas a reformar la sociedad, pero las atenienses nunca llegaron a hacer lo que Aristófanes proponía, tal vez ni siquiera escucharon hablar de ello. (2) Tampoco ninguna crónica relató sublevaciones femeninas, ya sea en vistas a la conquista del poder o con fines que les fueran propios. Se impuso siempre una dominación política masculina.

Y sin embargo, la imaginación occidental soñó que habría existido alguna vez, en la noche de los tiempos, un reino de las mujeres. En la antigüedad griega, la figura femenina que habría legitimado ese imperio fue la Diana de los efesios. *Pentesilea*, la obra teatral de Kleist, inmortalizó a las Amazonas: «se da el nombre de "novias de Marte" a las guerreras [...] armadas por sus propias madres con flechas y puñales». Fue el reverso soñado de la mitología helénica. La mujer fue reina, a no dudarlo, mientras permaneció en el Olimpo. Pero ese poder celestial no tuvo conse-

cuencias terrestres, salvo en el registro de lo afrodisíaco. La matrilinealidad o la matrilocalidad puestas en evidencia por la antropología difieren de un poder político de las madres, que nunca vio la luz. (3) Si el matriarcado existió, existe y existirá, esto es verdad solo en un mundo fantasmático infantil, siempre fértil: ¿una madre que merece ese nombre no está hecha acaso para protegerse... incluso —y sobre todo— de las mujeres? Pero este fantasma masculino permaneció proporcional a una angustia a la que se antepuso siempre la represión. La menor veleidad de libertad femenina fue ahogada antes de conocer un amago de realización. Desde el origen, el poder masculino se ejerció como contrapunto de una angustia de lo femenino, su perpetuo motor y quizás el principio de su progreso. Inmovilizada en su estatua de mármol o magnificada en los poemas, se comprende entonces que la mujer haya parecido indiferente a los acontecimientos, como si estuviera fuera del tiempo y de la historia, limitada al horno en la cocina y solo en determinadas ocasiones a los hornos de la cocina política.

¿Esta realidad resultó de la violencia del más fuerte y de su arbitrariedad? ¿El más fuerte es tanto como lo parece ante la femineidad? Un escrito tan antiguo y venerable como *Los trabajos y los días* de Hesíodo (4) da testimonio del dominio incuestionable de la belleza femenina en el corazón del hombre, tanto como de su angustia agresiva bajo ese poder. Y sin embargo, en esa misma época, la sociedad griega —tan altamente reputada por ser civilizada— estaba regida por un patriarcado feroz que dejó sin libertad a las mujeres, con excepción de las heteras, cuya libertad fue proporcional al ejercicio de sus encantos. Una fascinación maniatada por la angustia llevó a los hombres a venerar y al mismo tiempo a maltratar a las mujeres. Estas fuerzas oscuras atizaron un salvajismo que no tuvo nada de natural y las mujeres se acogieron a ese yugo sin que los historiadores tomaran nota de sus protestas. Las costumbres sexuales, la organización de la familia, la relación de las mujeres con los

hombres no dependen de decisiones conscientes, sino que se inscriben en imperativos rígidos que actúan en civilizaciones muy diferentes unas de otras, un orden tan inconsciente que pasó por ser natural.

La cantidad de libros sobre el lugar de las mujeres en la historia ha ido acrecentándose sin pausa. Hasta la Comuna de París existían todavía pocos, entre ellos, por ejemplo, *Histoire de la femme* de Louis Auguste Martin de 1862, cuya ambición era ya universal puesto que relata «las leyes y las ideas referidas a la más bella aunque no la más feliz mitad del género humano». Este autor afirmaba que... «allí donde la mujer contaba por nada, el hombre gozó de poca libertad». (5) Libros cada vez más numerosos se fueron publicando después, ilustrando el primer resplandor, por ejemplo el de Elise Boulding, *The Underside of History, A View of Women through Time*. (6) Durante mucho tiempo, este libro fue una referencia, aunque no aporte siempre pruebas contundentes. Encontramos allí también la idea de un tiempo primero en que habrían reinado las mujeres —en el paleolítico, o durante la Alta Edad Media, etc.— para ser luego reprimidas. La hipótesis de un movimiento oscilante de ese tipo se volvió después una constante. (7) Según algunos de esos autores, debemos a las mujeres el descubrimiento del fuego, de la agricultura y la domesticación de los animales, la fabricación de vasijas y enseres, la hilandería, el tejido, la tintura, las hierbas medicinales y muchas otras técnicas. Y si esas invenciones son comparables con las del hombre, la superioridad de éstos se debe solamente a su obsesión por las armas y la guerra. Novelando apenas, todo habría ocurrido como si dos historias —de la guerra y de la paz— se hubieran desarrollado al mismo tiempo, una simultaneidad imposible de consignar en un mismo libro.

Muy pocos siglos nos separan de las primeras voces audibles favorables a las mujeres. Prueba de ello es el discurso de Condorcet que precedió a su decapitación. La misma noche reinó en Oriente. En el primer siglo de nuestra era, la

única letrada china cuyo nombre fue retenido por la historia —Pan Hei Pan— no hizo sino relatar la condición deplorable impuesta a las mujeres, pero sin indignación, sino al contrario, con miras a justificarla. (8) La opresión de las mujeres parece, por lo tanto, una constante de la historia, redoblada por el silencio de los historiadores. Sin embargo, se podría confeccionar una larga lista de acciones heroicas, de resistencia y movimientos de sublevación llevados a cabo por mujeres aisladas o en grupos muchas veces numerosos. Lo mismo puede decirse de las músicas, pintoras y escritoras que marcaron sus épocas respectivas. (9)

¿Por qué las mujeres sufrieron tantos maltratos sin hacerse oír, por lo menos antes de la modernidad? (10) ¿Las paralizó el amor por los amantes, los maridos, los padres, los hermanos, los hijos? Porque la rebelión siempre existió. En las periferias griegas, las Ménades devoraban crudo al hijo de una de ellas y muchas mujeres combatieron en las primeras filas de las sublevaciones campesinas medievales, antes de subirse a las barricadas en Francia a partir de 1789.

¿Esta minoría objetiva es la resultante de una menor fuerza física? Esa diferencia existe sin duda. Pero sigue siendo actual y no trabó para nada su liberación. Y si existe un motivo, engeguedor a fuerza de ser evidente, ¿cómo olvidar que las mujeres fueron oprimidas por razones sexuales, en proporción con el deseo que provocan? En la noche erótica y bajo el peso de una fascinación angustiada, las religiones convirtieron a las mujeres en sacerdotisas del mal, emblemas de una obscenidad que era preciso reprimir. Lo femenino angustia a lo masculino tanto como lo subyuga. Oculta bajo esta obnubilación peculiar, la realidad misma de una opresión estuvo siempre envuelta en la bruma de un goce mutuo. En esta opacidad, y por salvaje que sea, un tirano —sea o no doméstico— parece permanecer bajo la dependencia de lo femenino, de lo que no puede prescindir. Y si ese resorte no se parece a una esclavitud, o a una lucha de

clases, el carácter inconsciente de su proceso ha enmascarado su motivo sexual. La fuerza bruta se puso al servicio de la represión del deseo, universalmente encarnado por lo femenino. Pero no engendró una guerra explícita de los géneros, un sometimiento vertical de las mujeres, como si ellas hubieran sido las esclavas de verdugos cotidianos. Se instaló en la ambivalencia horizontal del amor. Prosperó en la dependencia materna de lo masculino, sin la cual sería imposible comprender cómo en todas las épocas pudieron destacarse mujeres que accedieron a todos los grados del poder: mujeres de Estado, reinas, guerreras... sin olvidar a una papisa.

Cuando los historiadores relatan los acontecimientos ¿se diría que éstos se desarrollaron gracias a hombres solteros! Los héroes solitarios de las crónicas estuvieron, en realidad, siempre en pareja y enredados en intrigas cuyos hilos las mujeres manejaban a su gusto... ¿sin tener en cuenta las veces que detentaban en secreto el poder! En cuanto es una mujer la que escribe la historia, el *tempo* cambia de inmediato. El lector de *La princesa de Cleves* —como un ejemplo entre tantos otros— se entera de cómo Enrique II reinó teledirigido por los encantos de la duquesa de Valentinois, que había sido la amante de su padre y luego de muchos otros. Comprueba que fue ella quien había dirigido el reino bajo cuerda, contraviniendo hasta las opiniones de la reina. El encanto de una amante jugó al modo de *remake* del teatro edípico. ¡Más vale así y no que el amor anestesia el deseo! En realidad, el poder de las mujeres existió siempre, tanto más poderoso cuanto que su autoridad era más solitaria, no tenía títulos ni ideales, ni enarbolaba una filiación. En resumen, un poder desnudo. Las mujeres que Hesíodo, Shakespeare o Ibsen erigen ante nosotros son ya nuestras contemporáneas (al menos en un espacio novelesco).

La lucha hegeliana entre el amo y el esclavo, o una especie de guerra de los géneros en continuado, no explican la opresión. Ésta se instaló en un solo gesto que, como un sa-

blazo, dividió a la mujer entre maternidad y feminidad. Una veneración venenosa por la madre relegó lo femenino no tanto a los burdeles, pero sí, por lo menos, al fondo de las iglesias. Esta fractura profunda fue considerada luego una ley natural ¡como si la angustia suscitada por el deseo no fuera su misterio! La dominación de los hombres se instaló desde que se encerró a las mujeres en un rol materno, lugar específico de su opresión: ¿quién podrá decir si esa carga les fue impuesta o si fueron ellas las que prontamente consintieron en asumirla? Cuando aceptaron esa suerte, lo hicieron las más de las veces por amor, aunque la aceptación se cerró luego sobre ellas como una trampa. Comparable a un cristal golpeado que se rompe por una línea de división antes invisible, el clivaje que separa la madre de la mujer se hizo claramente detectable. Esa línea de división se reprodujo en la vida política. (11) A las mujeres habría de adjudicarse la «privacidad» de la familia, a los hombres la vida «pública» y social. Fue así como esta disociación entre feminidad y maternidad les dejó nada más que un rol de intrigantes, el cual les permitió reinar, pero sin gobernar. (12)

Sin embargo, la dinamita sexual no dejó de desempeñar un papel en el terreno político. ¿Los partidos políticos favorables a los derechos de las mujeres, incluso el feminismo militante, no suelen ocultar ese resorte erótico? Sería banal constatar que existieron varios períodos del feminismo. La primera ola irrumpió reclamando la igualdad, en nombre de esa fraternidad que los hombres habían reivindicado primero para ellos. Muy pronto hubo que conceder que la palabra «fraternidad» no existía en femenino. Lo femenino excede esa fraternidad, que lo rechaza. Las mujeres de la Revolución Francesa, armadas con sables y picas, disfrazadas de hombres ¿fueron realmente las hermanas de las provocadoras con senos desnudos que reclaman ahora, por cierto, la igualdad con los hombres, pero en nombre de la dife-